

Una paz casi imposible

Gigantes y dragones eran enemigos desde siempre, habían pasado tantos años que ya nadie sabía por qué.

Pero habían aprendido mucho. Ya no eran tan tontos de montar guerras con terribles batallas en las que morían miles de ellos. Ahora lo arreglaban cada año jugando partidas de bolos. Un gigante contra un dragón.

Quien perdía se convertía en esclavo del ganador. Si un dragón ganaba tendría un musculoso gigante para todas las tareas pesadas. Si lo hacía el gigante, tendría velos y fuego gratis para todo un año.

Así habían evitado las muertes, pero cada vez se odiaban más. Cada año los ganadores eran más crueles con los perdedores, para vengarse por las veces que habían perdido y habían sido maltratados por su contraparte. Llegó un momento en que ya no querían ganar su partida de bolos. Lo que querían era no perderla.

Y el que más miedo tenía era el gigante Pedro, el mejor jugador de bolos. Nunca había perdido. Muchos dragones habían sido sus esclavos, y se morían de ganas por verle perder y poder vengarse.

Por eso Pedro tenía tanto miedo de perder. Especialmente desde la partida del último año, cuando falló la primera tirada de su vida. Y decidió cambiar algo. Al año siguiente volvió a ganar.

Cuando llegó a su casa con su dragón esclavo este esperaba el peor de los tratos, pero Pedro le preguntó: ¿sabes por qué hemos peleado todo este tiempo?

El dragón intento traer a su memoria lo que habían dicho sus padres y abuelos y solo recordó que desde muy pequeño, escuchaba terribles historias de los gigantes malvados, seres amorfos y escalofriantes, y que perder ante ellos traería como consecuencia tratos crueles y humillantes. – la verdad Pedro, sólo sé que ustedes han sido crueles con nosotros toda la vida y que debemos luchar por no ser sus esclavos – dijo el Dragón.

Pedro también intento recordar y le explicó que para él había sido exactamente igual, que sus ancestros le habían dicho que lo único importante era ganar, ya que de lo contrario, se convertirían en esclavos de los dragones y terminaría recibiendo malos tratos.

- Dragón, me gustaría acabar con esto. Estoy cansado del miedo que siento cada año al enfrentarme con ustedes. Y no me atrae la idea de esclavizar a los dragones.

El dragón, al escuchar la confesión de Pedro, quedó sorprendido, no podía creer que Pedro, el gigante más temido y respetado en el juego, sintiera miedo. Tantos años esperando a ganarle para convertirlo en su esclavo y ahora se daba cuenta que sentía el mismo miedo que él.

- Este año no serás mi esclavo. Solo jugaremos a los bolos y te enseñaré todos mis secretos – le dijo Pedro.

- Pero debes prometerme una cosa: cuando ganes tu partida el año que viene, no maltratarás a tu gigante. Harás lo mismo que estoy haciendo contigo.

Además de jugar bolos, el dragón y el gigante hablaban durante horas, se contaban las historias que por años habían escuchado unos de otros y cada día querían saber más sobre el por qué habían llegado a esta situación. Fue así que empezaron a indagar con sus familiares, vecinos y en los libros de historia. Descubrieron que muchas eran ciertas y otras no tanto.

Desde entonces ambos hicieron lo mismo cada año: abrían espacios para la escucha y trataban bien a los dragones y los gigantes con los que debían convivir cada año.

La idea de Pedro se extendió tanto que en unos pocos años ya eran muchos los gigantes y dragones que se pasaban el día jugando a los bolos, olvidándose de las luchas y los malos tratos, tratándose más como compañeros de juegos que como enemigos. Mucho tiempo después Pedro perdió su primera partida. Pero para entonces ya no tenía miedo de perder, porque había sido él quien, renunciando a esclavizar a sus dragones, había terminado con su odio, sembrando la primera semilla de aquella paz casi imposible entre gigantes y dragones.

Cuento adaptado.

Sacristán, Pedro Pablo (S.f.). *Una Paz Casi imposible*. Recuperado de: URL original: <https://cuentosparadormir.com/infantiles/cuento/una-paz-casi-imposible>